

Para Turner, Mozart es tan puro que a veces parece no significar nada. Su música desaparece como el aire que respiramos en un día transparente. Todos aquellos que realmente han apreciado a Mozart, admirarán que una u otra vez han sentido ciertas obras maestras de Mozart como se siente un día brillante, perfecto, diáfano. Semejante día no expresa nada especial, no tiene la "atmósfera", el carácter de un día nublado o de tormenta, o de un día cualquiera en que haya conflicto de elementos cuyo significado está a punto de ser aprehendido. Un día así no suscita en nosotros ningún estado de ánimo particular. Es infinitamente proteico. Es lo que uno es; intangible, inmaterial y se adapta al espíritu como un guante. Y al respecto ha dicho Charles Stanford: "cuando uno es niño, Mozart le habla como niño y ninguna música podría ser más simple ni más infantil; pero cuando uno es hombre, descubre con asombro que esta música, que parecía infantil es completamente adulta y madura".

Junto al piano, Patricia Swinburn Pereira conservó un estado de ánimo muy de acuerdo con el carácter de la música que interpretaba. Era la versión dada por una joven cultísima, por una verdadera transmisora de ese encanto inigualable vertido en las páginas de Mozart y Ravel.

Es el primer paso; nunca una iniciación pudo ser mejor. El tablado del arte la espera para brindarle nuevos triunfos, quiera el destino que así sea.

<https://doi.org/10.29393/At343-344-16DSAA10016>

## LAS DIEZ SONATAS PARA VIOLIN Y PIANO DE BEETHOVEN

Sin apoyo oficial de ninguna especie, salvo el dado por la Universidad de Chile, y luchando con el deliberado silencio hecho en torno a este acontecimiento artístico por la prensa y por las directivas musicales santiaguinas, Lidia Montero y Encarnación de Pablo de Zavala, ofrecieron en el Salón de Honor de la Universidad de

Chile el ciclo completo de las Sonatas para violín y piano, de Beethoven, en tres memorables sesiones.

Cosa curiosa, siendo el violín, por su naturaleza, un instrumento llamado a dar vida a la música más cantable del repertorio instrumental, los compositores del siglo dieciocho escribieron muchas sonatas para piano con acompañamiento de violín; con el agravante de que en ese tiempo los instrumentos de teclado tenían una sonoridad débil, opaca y muy corta, en perfecta oposición al tono del violín, de la viola o del violoncelo.

Mozart escribió dieciocho sonatas para piano y violín, pero ya, muchas de ellas presentan un equilibrado reparto temático entre ambos instrumentos. Beethoven fué todavía más allá; dió igual importancia a lo expresado por el violín y el piano, y así nacieron los Dúos-Sonatas, donde el diálogo se desenvuelve durante todo el desarrollo de los tiempos constitutivos de las sonatas.

En la Sonata Opus 47 dedicada a Rodolfo Kreutzer, acentuó aún más la importancia del piano colocándole el siguiente subtítulo: *Sonata per il pianoforte ed un violino obbligato scritta in un stile molto concertante quasi come d'un concerto.*

Desde el primer instante llamó la atención el corte clásico, la sobriedad estilística y el buen gusto empleados por Lidia Montero en la ejecución de su parte. Igual cosa se pudo advertir en el trabajo desplegado por la pianista. Parecía que de común acuerdo habían estudiado las sonatas desmenuzando cada período, cada frase, sin que se les escapara ningún detalle para descubrir su contenido emocional. Tanta finura en el detalle dió como resultado un estilo más mozartiano que beethoveniano. Para nosotros la música de Beethoven es como un tronco sin labrar, algo tosco, donde el rudo contraste rompe muchas veces las leyes del buen estilo en beneficio del carácter dramático precursor del que veremos más tarde en obras como la *Appassionata*.

La señora Encarnación de Pablo de Zavala, notable pianista diplomada en el Conservatorio de Madrid, alumna distinguida de Pedro Casanovas, en esta oportunidad no compartió la responsabi-

lidad interpretativa con la violinista como pudieron ser sus deseos, porque dejaba la impresión de que había recibido orden expresa de *acompañar*, de achicarse en obras donde no debió acompañar ni achicarse, porque frente a su atril estaba la colección de Dúos en los cuales el violín y el piano dialogan con igual importancia.

Excepto la delicada Sonata en sol mayor, Opus 96, escrita por Beethoven cuando tenía 42 años, el resto de la colección es obra de juventud. La obra que acabamos de mencionar posee un sentido poético admirable, en ella se observa una nueva modalidad, un deseo de allegarse al sentir campesino sin caer en el terreno de lo vulgar. Allí está el espíritu del autor disfrutando de los encantos de la campiña, allí está su alma resignada ante la imposibilidad de escuchar el canto del cuculino ni siquiera la música que él mismo compone. Allí está la ternura de un atormentado, de un solitario, firme, inamovible en su infortunio, capaz de entonar más tarde, al borde de su tumba, el "Himno a la Alegría", como lo hizo al escribir la IX Sinfonía.

Para nuestro gusto, esta Sonata Opus 96, fué la que logró mayor acierto interpretativo, sin desconocer, naturalmente, la calidad de las anteriores, salvo ciertos reparos, ya expuestos en párrafos anteriores.

La iniciativa de Lidia Montero de ejecutar el ciclo completo de las Sonatas de Beethoven compuestas para violín y piano, constituye una hazaña sin precedentes en la historia del arte músico nacional, es un esfuerzo digno de todo aplauso y un ejemplo para aquellos artistas que se amilanan ante la indiferencia de muchos y el espaldarazo de quienes, por el puesto oficial que ocupan, están obligados a obrar en forma más conciliadora.

En cuanto a la señora Encarnación de Pablo de Zavala ningún elogio sería excesivo para su labor pianística. Posee una técnica impecable y una musicalidad madura y un deseo de superarse frente a cualquier atolladero por infranqueable que él parezca.